PALIQUE

La *Epoca* es el diablo: lo mismo describe una brillante misa de *requiem*, que un sarao, que una cena en casa de Cheste. De esto se trata ahora.

Mientras el Diccionario sigue con sus disparates y su prurito reaccionario, el Conde, alegre como unas castañuelas, convida á cenar á los que llama *La Epoca* inmortales, sin letra bastardilla ni nada, como si lo fueran efectivamente y ya no hubiese que discutirlo siquiera.

Dice *La Epoca* que se juntaron los inmortales para «darse alegremente la despedida del año que concluye y la bienvenida por el que avanza.»

Amiga *Epoca*, no se puede escribir peor. Se *dan* la despedida los académicos, es decir, acción recíproca... y el que se va es el año...; no lo entiendo.

Y después *se dan* la bienvenida, como si los que vinieran fuesen ellos, y es el año... que viene...; tampoco lo entiendo. Por lo demás, del año que viene no se

puede decir que avanza. Vamos, que no se puede decir nada ó casi nada de lo que dice *La Epoca*. Lo demás, todo está bien.

Después llama noble prócer á Pezuela. ¡Prócer, prócer!

¿Pero usted cree que todavía hay próceres en 1886?

Y sigue *La Epoca* hablando mal: «Los concurrentes llevan los nombres más distinguidos que en los cuarenta últimos años han adquirido *con sus obras* el derecho á gozar el supremo honor de tan codiciado lauro.»

Entendámonos, si podemos: según usted, los nombres son los que han adquirido con sus obras... ¿Las obras de los nombres? ¿Qué quiere decir eso? Lo mismo que lo otro del codiciado lauro. ¿Qué lauro es ése? Sigue *La Epoca*, imitando el canto II de la *Iliada:*

«Molins, el ilustre autor de *Doña María de Molina*... (pero qué, ¿es Molins el autor de *La prudencia en la mujer?* ¡Yo que creía que era de Tirso!); Cánovas, el historiador insigne de la casa de Austria (y Cánovas reniega de esa historia, que dice que escribió siendo *estudiantil autor*); Tamayo, el poeta dramático de *La bola de nieve* (si no lo fuera también de *Un Drama nuevo*... lo que es por *La bola de nieve* no se hacía inmortal); (1) F. Guerra, el comentador y biógrafo de Quevedo (y algo más y mejor, señora *Epoca*); Alarcón, narrador florido de la guerra de Africa (perdone el Sr. Alarcón, porque

(1) Y lo que es inmortal. . inmortal... tampoco por el *Drama Nuevo*.

La Epoca no sabe lo que se *florea*); Casa-Valencia, el atildado historiador de las instituciones británicas (que ahí se estaban sin historia, hasta que llegó Casa-Valencia con sus manos lavadas); Campoamor, el poeta de las *Doloras* (éste no es ilustre, por lo visto); Núñez de Arce, el poeta de *Los gritos del combate* (tampoco es ilustre, ni atildado, ni nada); Castelar, el tribuno elocuentísimo (¡milagro!); Pidal, el orador fogoso y cristiano (¿cómo y cristiano? Y los demás, ¿no son cristianos?); Catalina (¡atención!) el *editor diligente* de las preciosas joyas de *toda* nuestra literatura (Y entonces éste, que no es más que editor diligente, ¿conquistó también el codiciado lauro con sus obras? No, con las de los demás, por lo visto. ¡Oh *Epoca* diligentísima y atildada!); Riva Palacio, el orador mejicano que en España representa (¡atención otra vez!) al Gobierno republicano del antiguo Imperio de los Moctezumas. (¿El Gobierno republicano de un Imperio?) Pero, *La Epoca*, ¿qué come en casa de Cheste?

Por cierto que ese Sr. Riva Palacio, de la república de Méjico, no debe de estar muy satisfecho de lo que hace el Diccionario de la Academia con los presidentes de las Repúblicas.

Busquen ustedes en el Diccionario la palabra Presidente. Allí se dan varias acepciones del vocablo; pero la de Presidente como jefe de un Estado republicano, no parece. ¿Saben ustedes dónde está? En el Apéndice. La Academia es tan monárquica, que se había olvida-

do de que en el mundo había Repúblicas con Presidente. Alguno de los republicanos que entraron en la Corporación hace poco debió de recordárselo, y allá va el Presidente de la República, como á regañadientes, casi casi en la fe de erratas.

Volvamos á la cena del prócer. Se excusaron de asistir varios académicos, entre ellos el cantor de Pío IX, que resulta ser Tejado; pero, en cambio, estaba el egregio marqués de Cerralbo, que yo no sé qué *Doña María de Molina* habrá escrito para ser egregio. No faltó tampoco un nieto del conde de Cheste «entre los que ya dibujan para el porvenir (habla *La Epoca*» es claro), esa tradición gloriosa de las letras, que no se acaba nunca, Javier Pezuela, á quien apenas apunta el bozo, y que ya muestra *resuelta inclinación*, así á la poesía como á la pintura.» Lo de la pintura ya era de esperar, por aquello de que dibujaba para el porvenir; pero lo de la poesía, siendo cosa tan resuelta, crea usted que es de lamentar.

Parece ser que la cena fué cosa rica; pero bien la pagaron los convidados. El conde de Cheste *les pronunció* un discurso. Y esto fué nada en comparación de lo que vino después.

Pero no, antes de eso volvamos al principio, siguiendo á *La Epoca*.

El Conde, el prócer, había hecho las invitaciones en una quintilla-circular «*redactada*, dice *La Epoca*, en los siguientes términos:

De Pascua el día tercero
á las siete y media, invito...»

Usted dispense que le interrumpa, señor Conde. Eso es plagio. Moratín lo dijo en *La derrota de los pedantes*, en unos endecasílabos *redactados en los siguientes términos:*

El día diecisiete del corriente,
á eso de las nueve ó nueve y cuarto,
se reunieron en la sala todos
los señores que estaban convidados.

Pero siga la broma, es decir, la guindilla:

De Pascua el día tercero
á las siete y media, invito
á todo buen compañero
á comer *aquel* cordero
por nuestro ritual prescrito.
(¡Con qué pulcritud y esmero
huyó de decir cabrito!)

Y ahora bien, la *Mota del rabo*, ó sea la *Mot de la fin*.

Pero dejo á *La Epoca* toda la responsabilidad de sus palabras:

«La despedida *se hizo* (¡qué castizo!) regalando el anfitrión á cada uno de los asistentes un ejemplar de *Las* (ojo) de *Las Luisiadas*, traducción del señor Conde.

Pues sepa *La Epoca* que eso no es verdad. Porque el poema de Camoëns ni se llama *Luisiadas* ni *Las:* se llama en portugués *Os Lusiadas*, y en español *Los Lusiadas*. ¿Se entera usted, *Epoca?* *Los Lusiadas*, como quien dice, los descendientes ó los hijos de Luso (de Luso, Lusitano y Lusitania.) ¿Se entera usted? Eso de *Las Luisiadas* debió usted de aprenderlo en una retórica escrita por un catedrático, que dice así:

«*Las Luisiadas*, llamadas así porque están dedicadas al rey Luis...»

Y ni están dedicadas al rey Luis, ni se llaman así.

¡Oh *Epoca* ingenua, desprevenida, atildada y rencorosilla: cómo chocheas y qué poco sabes!

SOBRE MOTIVOS DE UNA NOVELA DE GALDÓS

I

Se titula *Miau*, y es un episodio más de la vida española contemporánea. Ya lo he dicho en otra ocasión, pero conviene repetirlo: no se juzgará con justicia completa ninguna de estas novelas de Pérez Galdós, si se olvida que cada una es parte de un gran conjunto en que ha de quedar retratada nuestra sociedad según es en el día, retratada á lo menos en todo aquello á que alcancen la observación y las fuerzas del autor, que no será poco. Sin entrar en comparaciones, que difícilmente podrían hacerse con toda equidad, respecto al mérito intrínseco de los escritores, hay que ver algo parecido al monumento literario que se llama *Comedia humana*, de Balzac, en esta larga serie de novelas que lleva nuestro insigne español tan adelantada. Zola en Francia y Galdós en España, siguen propósitos análogos al del gran genio realista del siglo XIX, sin que llegue el parecido á imitación ser-